

JOB PIM

MAXIMO POETA HUMORISTA VENEZOLANO (1)

El capítulo acerca de los autores y de las obras de carácter humorístico, en la literatura venezolana, nos resulta de una riqueza insospechada, no sólo en cuanto a la cantidad del material, sino además en cuanto a la excelencia de buena parte del mismo. Algún día tal vez podamos darlo a conocer en su integridad. Hoy queremos destacar del conjunto, e iluminar con luz propia, la figura del que consideramos, con absoluta sinceridad, como el más acabado representante de nuestros escritores humoristas en verso: Francisco Pimentel, "Job Pim".

Pimentel no admite clasificación, sino que él sólo forma un caso aparte, peculiar e interesantísimo, en nuestras letras. Posible-

mente un caso no repetible; y por descontentado se halla a tal altura, que sería sandez imperdonable el pensar que aun remotamente se le llegan a equiparar los varios escribidores de chabacanadas en verso, que posteriormente han querido hacer humorismo.

En "Job Pim" se advierte una aptitud decidida para la obra que realizó. Es posible que dicha aptitud viniese a determinarse, en parte al menos, por los azares de su vida. El mismo nos cuenta con la gracia espontánea que lo caracteriza, algunos de los pasos de su existencia. En la composición "Ego sum" que abre las páginas del libro "Pitorreos" (p. XV), nos dice:

*"Soy bachiller graduado, y hasta cursé derecho
tres años, pero al cabo me faltaron los bríos:
fui como el estudiante que envidiaba a los ríos,
que, aunque siguen su curso, no abandonan el lecho".*

Y ya en su juventud, cuando por tercera vez se ve recluso en la cárcel por su actitud contra la Dictadura, escribe unos

versos titulados "Tercera Epoca", en los que habla así:

*"Quijote sin lanza ni espada
con solo mi risa enristrada
me enfrento al nefasto dragón;
insumiso y desamparado,
me siento a su soplo aventado
como una avispa en un ciclón".*

(1) Francisco Pimentel, conocido por el popularísimo seudónimo de "Job Pim", nació en Caracas en 1890, y murió en esta misma ciudad en 1942. Ya en 1912 léese su firma en las páginas de la severa revista "El Cojo Ilustrado". Toda su labor literaria apareció al compás de la vida de periodista caraqueño, en diversos diarios de la ciudad. De tiempo en tiempo compilaba parte de su obra dispersa; y así, aparecieron los siguientes libros en verso: "Desde mi periscopio", Imprenta Bolívar, Caracas, (sin fecha), pp. 64; "Pitorreos", Imprenta Bolívar, Caracas, 1917, pp. xvi—141; "Sal de Pim", Tipografía Universal, Caracas, 1943, (páginas sin numerar, pero debe tener unas 180); "Graves y Agudos", Impresores Unidos, Caracas, 1940, pp. 204. Además, en prosa publicó los siguientes trabajos: "Enciclopedia Signt" (recopilación de las voces más usuales del "argot" venezolano), Caracas, 1916; "Enciclopedia Espesa" (la misma obra anterior, corregida y aumentada), Caracas, 1931, pp. 47; "El balance de Eva" (especie de ensayo humorístico), en la colección "La lectura semanal", No. 10, Imprenta Bo-

lívar, Caracas, 1922, pp. 24. Pero además de lo que el autor recopiló en estos libros, aún quedó mucha de su producción dispersa en periódicos y revistas.

Cómo vino Pimentel a llamarse con su popular seudónimo, nos lo cuenta él mismo en el pitorreo LXI ("Pitorreos", p. 132), en los siguientes versos:

"De muchacho, en la escuela,
(y hasta ahora la causa no me cucla,
ni el motivo me explico:
quizás porque era fresco desde chico,
• acaso porque está en mi parentela
muy repetido el nombre de Jacobo)
apodábanme Jobo".

Y luego añade, con igual gracia, cómo le bajaron a diminutivo aquel sobrenombre:

"Cuatro años estudié para abogado,
y ya cerca del grado,
que me pintaba un porvenir bonito,
pues la jurisprudencia me cuadraba,
el curso abandoné: me horrorizaba
que me llamaran el doctor Jobito".

Del apodo Jobo, tomó la abreviatura Job y la apellidó con la abreviatura Pim. Y sus crónicas de alguna época las llamó crónicas jobiales.

Pero no hay cualidad que ayude tanto a la obra sana y perdurable del humorista verdadero, como el ser hombre de buen conformar, y que sepa tomar las cosas no por su aspecto trágico, ni enfocarlas por el lado de colorido más fuerte e hiriente.

No era que "Job Pim" tuviese alma poco delicada, o incapaz de ideas elevadas, o falta de sentimientos hondos y humanos. Cuando quiso, bien clara constancia nos dejó de su gran capacidad para ser un notable poeta lírico. Basta que un escritor haya producido una composición del valor de "La Bordadora", para que se estime en mucho el rango de su inspiración lírica.

No tuvimos la satisfacción de conocer personalmente al "Jobo", y podremos tal vez equivocarnos en la afirmación que luego vamos a hacer, pero nos basamos para ello, de un todo, en la obra impresa que su

*"Y así voy por la vida, siempre de humor magnífico,
que pocas cosas me hacen fruncir el entrecejo;
y así, probablemente, he de llegar a viejo,
con mis gustos, defectos y carácter pacífico".*

Dicho se está que ese buen conformarse en la vida, y ese carácter pacífico, no podrían jamás confundirse con la resignación del zoquete que no es capaz de comprender el alcance de sus males, o que es impotente de carácter para tomar ninguna actitud digna ante ellos. La resignación de "Job Pim" era como la de aquel saleroso personaje de una comedia de los Alvares Quintero, que exclamaba:

*"Tras de que somos probes,
Nos vamos a apurá?"*

El "Jobo" no era hombre para alardes de violencia, ni para derroches de hieles, ni para tonos destemplados. Y por eso en la elaboración de su diaria y a veces múltiple tarea humorística, se nos presenta siempre poseído de un don único: el don de saberse hacer amable y por ende legible.

Con poquitos escritores suele ocurrir caso tan envidiable: aun cuando no se estuviera conforme con el tema que en sus versos tocaba "Job Pim", o con la manera de tratar dicho tema, o con expresiones menos aceptables por el sentido que implicaban, aun con todo eso, serán contadísimas excepciones los casos en que el lector se desagradara profundamente, o rechazara con violencia, el producto literario de la pluma de nuestro humorista. Y cuando un escritor, sea de un género u otro, logra que

humorismo nos legó, y q' pacientemente hemos estudiado. De esas páginas se desprende la impresión de que nuestro escritor era hombre de muy buen conformar, y a quien la vida no lograba, —aun en sus más adversos momentos,— arrancarle su serena mansedumbre o resignación. Aun en las mismas atribuladas composiciones escritas a la sombra del encierro en "La Rotunda", entre las exclamaciones amargas y violentas que lanza, se nota en todo el conjunto el predominio de los elementos animosos, o resignados, o insispechadamente humorísticos. Una vez escribe una composición inspirada en sus grillos de preso; y no le ocurre mejor título que el de "Hierro dulce"; y toda ella es un canto a la vez dignificador y gracioso, lleno de soltura y de concisión.

Por algo él mismo, en su ya citada composición "Ego sum", decía llanamente:

sus lectores siempre lo lean con gusto; más aún, cuando logra que se busquen con placer los productos de su ingenio, entonces no hay duda de que ese tal escritor cuenta con uno de los más poderosos elementos para acreditarse un justiciero renombre.

Pero hemos de apresurarnos a indicar que esta manera incuestionable de triunfar que lograra "Job Pim", venía respaldada no sólo por eso que hemos llamado el don de hacerse amable, sino por otros cualidades igualmente admirables.

Y sea una de estas su conocimiento y compenetración con el medio ambiente nacional, y más que nada con el medio ambiente caraqueño: "El Jobo" tenía un finísimo espíritu de observación; seguía atento el diario correr de sucesos, personajes, dichos y palabras populares; estaba atento a las manifestaciones más variadas de la vida social, o de la popular; y con fino tacto de humorista espontáneo, —que busca hacer cosquillas sin rasguñar, y hacer reír sin sacar lágrimas,— iba filtrando en sus diarios versos el producto de aquella su obser-

Puede asegurarse que el criollismo nacional es deudor a "Job Pim" de muchas y magníficas páginas. Y que andando los años, algunas de su crónicas rimadas serán casi el único documento, no solo artístico sino aún histórico de muchas cosas de nuestra vida ciudadana. Y vaya siquiera un ejemplo concreto. ¿Quién recordará con precisión dentro de veinte o treinta años la clá-

sica figura, hoy desaparecida, de los famosos **parihueleros**. El "Jobo" los ha inmortalizado en una composición oportunísima

*"Era un tipo fornido,
sin excepción, vestido
de pantalón, almillá y alpargata;
fieltro blando, o más bien, reblandecido;
chaleco, sin camisa ni corbata".*

Toda la composición es de una soltura y gracia inimitable, y sus versos podrían servir perfectamente de guía a un escultor que quisiera esculpir la figura del parihuelero.

Se observa en el desarrollo de la obra literaria de "Job Pim", que a medida que pasaban los años se iba agrandando su campo de observación.

Conservamos un viejo ejemplar autografiado del que creemos fuese el primer libro que publicó Pimentel: "**Desde mi periscopio**". Es una colección de fábulas, algunas ingeniosas en cuanto al tema; todas desarrolladas con sencillez, concisión y soltura de estilo.

Pero en otro de sus libros, ya citado varias veces, el titulado "Pitorreos", el ámbito de observación ha crecido notablemente. Los temas son ya concretamente del ambiente caraqueño. Pero se nota que aún está en formación el saleroso y rápido cronista que sería años más tarde "Job Pim". Aquellos **pitorreos**, "crónicas rimadas y hebdomadarias" como el autor mismo las substitula, tienen gracia y oportunidad, versificación suelta y criollismo acertado; pero pecan de un poco difusas, y además con ser el total de esas composiciones de sesenta y cuatro, hay una repetición algo consona de dos o tres temas. Por ejemplo, el tema del suceso más trascendental de aquellos años, la primera Guerra Europea ocupa muchas páginas; o el tema de la venida por entonces a Caracas de la sonada Opera Bracale, también sirvió para otras cuantas.

Al fin de sus días, —y éstos no fueron muchos—, era un maestro consumado en saber echar mano de cualquier tema y regalárnoslo vestido con sabrosos versos que se paladeaban en pocos instantes. Ya todo lo criollizaba a su gusto y mandar. Con una ductilidad única, aun la noticia más trivial del periódico, salía a los pocos días transformada por su mano en atractiva producción literaria.

La variedad de tópicos, en los últimos años de la producción del "Jobo", no se presta a una clasificación adecuada. Sus **crónicas jobiales** y sus **sal de Pim**, nos ha-

y perfecta, que tituló "Victimas del Progreso", y que empieza así:

blan de los ya entonces viejos y lentos tranvías, de las raudas y atropoyantes camionetas, —terror de la ciudad hace diez años—, de los autobuses con radio, y de las grandes bocinas que a manera de altavoces usaron en otro tiempo los vendedores ambulantes para pregonar sus mercancías; de las musiquillas de moda, como el cantante **capullito de alelí**, y de las escenas de ciertos días típicos, como carnavales, difuntos, año nuevo, etc.

Había además algunos temas que, bajo diferentes aspectos, atraían irresistiblemente la pluma traviesa y cosquillosa de "Job Pim". Uno de estos era el de las diferencias de color de las personas, no en el sentido de diferencia racial ni social, sino en cuanto podía dar lugar a ocurrencias graciosas. Otro fué, —y todavía muchos no le han perdonad el desacato—, la escuela poética llamada **de vanguardia**, la cual con sus injustificables rarezas y con sus exageraciones libertarias, atrajo en más de cuatro ocasiones el humor del "Jobo" en sátiras o remedos de innegable gracia.

Llegaba al summum su habilidad y su buen conformar, en los casos en que entraba en juego su propia y quebrantada salud. Sería increíble pensar que otro humorista que no fuera Pim, escribiese un soneto tan maravilloso como el que, sobre este tema, tituló "Desahuciado". (2) En fin, juga-

(2) Aunque sea a manera de nota desecopiar aquí dicho soneto:

DESHAUCIADO

Me han visto nueve médicos. Los nueve,
de nuestra Facultad ornato y gala.
Los nueve encuentran mi salud tan mala,
que me debo morir en plazo breve.

Congestión en el hígado, y no leve;
bronquitis, de la tisis antesala;
un riñón de su puesto se resbala,
y el cólon no funciona como debe.

Yo morir no me siento... Pero cómo
nueve sabios así de tomo y lomo
se van a equivocar sobre mi suerte?

¿Que me debo morir? ¡Venga la muerte!
¡Todo antes que dejar en la berlina
a media Facultad de Medicina!

ba con dichos, hechos, cosas y personas, con plena habilidad y donosura.

Pero en el desarrollo de toda esta variadísima obra, es admirable observar, una vez más, el hecho de la manera tan humana, tan correcta y tan personal que tiene para no ofender al lector, aun en los casos más vidriosos o delicados. Puede haber impropiedad en la expresión, o si se quiere ligereza. A veces, —como le ocurría cuando tocaba asuntos ligados con verdades o prácticas cristianas, —podía ser incorrecto, o tal vez demasiado confiado, pero nunca se le puede señalar positiva impiedad o volterianismo, ni menos premeditado deseo de ofender, o de atacar creencias sagradas. Pudo en ocasiones también usar algún motivo o frase morbosa, pero nunca se rebajó a lo escandaloso ni a lo vulgar. (3)

Y todavía hemos de hablar de otro mérito de "Job Pim". En cierta manera podríamos decir que es el mayor de todos los que nos ofrece su obra literaria. Y por lo menos, —aun cuando no lo parezca,— por razón de este nuevo mérito que vamos a señalar, triunfaron en buena parte sus cualidades de escritor. El "Jobo" es sin duda el versificador más extraordinario que ha producido nuestra literatura. Extraordinario por la soltura, por la espontaneidad, y por la gracia y corrección con que en charla corrida va desgranando endecasílabos y heptasílabos, o lo que mejor le viene, sin

que apenas se le note una violencia, o un entorpecimiento. La sonoridad y el ritmo de sus frases, no los ha tenido hasta ahora ninguno de nuestros versificadores; porque sus versos no son relleno de palabras, frases que suenan pero que van vacías de substancia. Maneja la rima perfecta con tal maestría, que jamás parece acordarse del consonante que podrá necesitar. Sus consonantes parece que le están aguardando **abaceterno**, para incorporársele en cuanto se pusiera a escribir. Aun en la rica literatura española no recordamos a ningún escritor que le iguale como versificador en esta clase de composiciones. El mismo tan popular Carlos L. de Cuenca carece de la espontaneidad suma de nuestro escritor.

En los años de su pleno madurez, sobre todo, "Job Pim" sabe contar en verso como nadie jamás lo ha hecho, cualquier tema que se ofrezca. Vaya un ejemplo típico. Se recordará que hace unos diez años las camionetas del tráfico urbano, cuando ya completaban el número de pasajeros, todavía en caso de urgencia admitían uno más, para lo cual en vez de asiento se le ofrecía una tablita movediza y sin respaldo, que obligaba a dicho pasajero extra, a guardar posición bastante incómoda y además a agarrarse fuertemente con ambos manos para evitar en la rapidez del viaje rodar con tablita y todo. El "Jobo" observó como sólo él sabía hacerlo esta escena tan frecuentemente repetida, y un día nos regaló el siguiente impecable soneto:

VISIONES DEL TRAFICO

*En postura hierática sentado,
con los muslos formando ángulo recto
las piernas, el altivo busto erecto,
y cada brazo al frente proyectado.
¿Quién es el sér de tan adusto aspecto?
¿Papirio que vá en carro hacia el Senado
Romano? ¿Un Faraón momificado?
¿Memnón quizás? ¿Osiris resurrecto?
Mas ni Papirio, ni los Faraones,
Ni los dioses, usaban pantalones...
¿Quién es, pues, éste que el asombro excita?
Para el carro y se acaba la "galleta":
es un señor que viaja en camioneta,
y le tocó sentarse en la tablilla.*

(3) En los "Pitorreos", composición IX, se contiene una fuerte sátira contra ciertos productos del teatro venezolano de aquella época, que pecaban de vulgares, y de los que tenía en gran parte la culpa el público que iba a reírlos y aplaudirlos.

Y junto al humorista, y al versificador extraordinario, aun le queda a "Job Pim" la acreditada nota de haber sabido en multitud de oportunas ocasiones dictar lecciones avisadoras, y sabias moralejas, de mejor efecto que muchos serios tratados.

Pedro P. Barnola, S. J.